

PATRONATO DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

PERFIL HUMANO DE CARLOS III Y AMBIENTE DE SU CORTE

POR

JOSE CEPEDA ADAN

PRESENTACION

POR

ENRIQUE PARDO CANALÍS

To El Rey

SEGOVIA
MCMLXXXIX

PERFIL HUMANO DE CARLOS III
Y AMBIENTE DE SU CORTE

PATRONATO DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

PERFIL HUMANO DE CARLOS III Y AMBIENTE DE SU CORTE

POR

JOSE CEPEDA ADAN

PRESENTACION

POR

ENRIQUE PARDO CANALÍS

To El Rey

SEGOVIA
MCMLXXXIX

*Textos correspondientes a la celebración
del V Día del Alcázar en el Salón de Reyes
el día 8 de julio de 1988.*

Cubierta: Facsímil de la firma de Carlos III.

Depósito legal: M.-20675-1989

Imprenta AGUIRRE - General Alvarez de Castro, 38 - 28010 MADRID

PRESENTACION

POR

ENRIQUE PARDO CANALÍS

Excmo. Sr. Gral. Presidente del Patronato del Alcázar de Segovia.

Excmos. e Ilmos. Sres.

Señores Patronos.

Señoras y señores.

Pocas veces, quizá, como ahora, cabría aplicar mejor una frase teresiana de enjundioso contenido. Me refiero a su aguda sentencia de que la obediencia da fuerzas, y este es el motivo de que me encuentre aquí dispuesto a cumplir, más que un mandato, el ruego amable de presentar a nuestro conferenciante de hoy con motivo del V Día del Alcázar. Porque lo curioso del caso es que la presentación, a lo que entiendo, podría resultar a todas luces innecesaria y superflua, ya que la personalidad de Don José Cepeda Adán no necesita, en rigor, de presentaciones de ninguna clase. Menos aún cuando el transcurso del tiempo no ha borrado el recuerdo de nuestro mutuo conocimiento, en años ya lejanos, cuando compartíamos los azares universitarios en aquellas aulas, un tanto provisionales, de San Bernardo y Daoíz. Pero la verdad es que el término presentación se presta a alguna reflexión que no desearía desaprovechar, resultando curioso que, en la propia milicia, se habla de presentar

armas a quien, por su autoridad, le corresponde el homenaje que le es debido. Lo que he de celebrar especialmente ahora en este recinto —que la Historia ha ido configurando con huellas indelebles— rindiendo, si no armas, sí palabras de cordial acento a quien vamos a escuchar en seguida.

Pero, mientras, no estará de más recordar que nos encontramos ante un prestigioso maestro para quien la docencia ha constituido y constituye una vocación tan absorbente como irresistible. Su temprana y prolongada adscripción a cátedras de Historia Moderna de las Universidades de Santiago de Compostela y Granada, primero, y Complutense, después, han consolidado firmemente su merecido crédito de profesor ejemplar. Valga como índice expresivo de su, más que dedicación, entrega fervorosa a la enseñanza, el hecho de haber dirigido cuarenta tesis doctorales y ciento treinta memorias de licenciatura. Por otra parte, ha participado con frecuencia en congresos y reuniones internacionales de Historia, perteneciendo, entre otras entidades, a la Asociación Española de Ciencias Históricas —de la que es ahora Vicepresidente—, al Instituto Sanmartiniano de Madrid y al Instituto de Estudios Madrileños, en el que ha de contarse como uno de sus miembros más activos y destacados.

Con todo, quisiera subrayar que su actividad hacia los alumnos no responde, en modo alguno, a la de tantos docentes a los que un soplo de enfatuamiento y vanidad agrava las distancias con ínfulas de sapiencia, punto menos que inabordable. Todo lo contrario. Nadie entendería rectamente la personalidad del profesor Cepeda Adán si no captara, junto a la natural sencillez de su carácter, su talante humano de abierta preocupación por los problemas de sus alumnos, que por ello mismo ha ido forjando a su alrededor una aureola de asequibilidad y confianza de inextinguible reconocimiento e impagable gratitud.

Pensando en su trayectoria intelectual, y más aún en su rigurosa formación humanística, he recordado una frase luminosa de *Fígaro*: «El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe».

La verdad es que con José Cepeda Adán aletea en el ánimo de sus oyentes o lectores la firme sospecha de que sus muchos saberes no se agotan con su palabra siempre fácil, cercana y caudalosa.

Junto a ello, no cabe silenciar sus numerosas publicaciones, cuya mera relación atestiguaría, sin más, su competencia y autoridad profesional. Me atrevería, sin embargo, a decir que es en su aspecto de conferenciante en donde se manifiesta con más viveza su condición de auténtico docente.

De ahí que cuando, por imperativo legal, hubo de verse apartado del ejercicio activo de la cátedra, no dejó de reconocérsele su vocación entrañable de toda la vida, pasando a la condición de emérito, palabra esta —de raigambre castrense, por cierto— que bien merece la apostilla de resaltar, más que una situación de privilegio, el reconocimiento expreso de unos méritos de notoria significación.

Hasta aquí he intentado ofrecer siquiera fuera un ligero bosquejo —forzosamente incompleto— a título de presentación de José Cepeda Adán.

Creo que es ahora a él a quien corresponde presentar el perfil humano de Carlos III, en la seguridad —de ningún modo presunta— de que va a ofrecernos con su conferencia una verdadera lección, cálida, entrañable y, por supuesto, magistral.

PERFIL HUMANO DE CARLOS III
Y AMBIENTE DE SU CORTE

POR

JOSÉ CEPEDA ADÁN

1. EL DEBATE SOBRE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

Si es un valor aceptado que en las «luces» y el pensamiento del siglo XVIII se gesta un Nuevo Mundo en el que el hombre alcanzaría una definición más libre en una sociedad más dinámica, es obvio que aquellos pueblos que más se acercaron al modelo ilustrado, más cerca estuvieron de la verdadera Europa y, con ello, del progreso y del futuro. Se trataba de ser o no ser, de quedarse o avanzar. Desde esta perspectiva puede entenderse la polémica sobre el contenido de nuestro siglo XVIII. La aceptación o no del programa ilustrado, la mayor o menor penetración del arado de las reformas en el cuerpo social de la nación, en cuanto se consideran un alineamiento con la nueva Europa, constituye una pieza fundamental de nuestra polémica histórica, en la que, con frecuencia, la pasión ha distorsionado los hechos. Para unos, nos quedamos cortos y los aires reformistas apenas nos rozaron, porque la España terca se arrebujó bajo su vieja manta para no contaminarse; desgraciadamente, según éstos, en España no hubo Ilustración. Nos saltamos, sin más, el siglo más positivo de la historia moderna. Para otros, en cambio, nos pasamos, aceptando sin rebozo lo foráneo; nos «afrancesamos» frívolamente, destruyendo con ello lo esencial de nuestro ser histórico. Malhadado siglo XVIII, según ellos. Exageraciones por ambas partes, pues lo cierto es que España tuvo su Siglo Ilustrado en el que se intentó re-

formar casi todo, se fracasó en mucho y se consiguió algo. Demostrar esto ha sido la labor de una generación de historiadores extranjeros y españoles, especialmente de los primeros, quienes trabajando seriamente, sin prejuicios ni ideas preconcebidas, han establecido las coordenadas básicas sobre las que discurrió el programa de reforma de nuestros ilustrados.

En consecuencia, si establecemos que España también participó del aire reformador de la centuria y conformó su política al sistema del Despotismo Ilustrado, debemos preguntarnos cuál fue su alcance y cómo funcionó en nuestro país esta fórmula de gobierno con la que se expresa, a la vez, el objetivo y el modo de acción con que ha de realizarse el programa de cambios, fórmula que establece como principio la existencia en la sociedad de dos grupos de individuos: los que actúan y los que obedecen, minorías y masas; élites de poder formadas por hombres cultos y conocedores de lo que sobra y de lo que falta para alcanzar el bienestar de todos y la mayor grandeza del Estado, que ponen su talento al servicio de la monarquía absoluta —a la que consideran el eje de las reformas necesarias e inaplazables— para mantener y vitalizar las estructuras sociales existentes; y, al otro lado, el *pueblo*, «los menores de edad política», sobre los que hay que ejercer una tutela inflexible, a fin de darles aquello que más les conviene y, sobre todo, más conviene a un Estado todopoderoso al que se quiere engrandecer. En España, en efecto, existió ese horizonte de reformas, aun cuando se diga que esta fiebre de lo nuevo únicamente agitó a unas minorías, más o menos reducidas —¿cuántas?, ¿dónde?, ¿a qué nivel?—, mientras algunos se preguntan, como Aguilar Piñal, si al pueblo común sólo le tocó el *despotismo* y poco la *ilustración*. Con todo, y aun tomando en consideración esta interrogante que puede suavizar el color uniformemente rosado y feliz con que ha sido dibujado en ocasiones el siglo, es

evidente que el empeño y la fiebre de cambios alcanzaron, con más o menos intensidad, a una gran mayoría de españoles.

2. LAS «DOS ESPAÑAS» DEL SIGLO XVIII

Como una consecuencia de lo que acabamos de decir, el juego y la dinámica de masas y minorías, un rasgo de nuestro setecientos se nos aparece claro y sobre el que conviene insistir si queremos alcanzar una de sus claves de interpretación. Se trata, en definitiva, de los *dos mundos* coexistentes en la España de los primeros borbones; en realidad, casi, de *los dos siglos XVIII* españoles que conviven a lo largo de la centuria con esporádicos ririrrafes, más o menos llamativos. Por un lado, las altas esferas: los reyes, la corte, los políticos, tocados por la pasión de las reformas; y, por otro, el pueblo, flanqueado por una parte de la nobleza, aferrados uno y otra a sus añejos conceptos que rechinaban antes los cambios y se envolvían, física y espiritualmente, en sus viejos ropajes.

Los contrastes entre ambos mundos se aprecian a lo largo de la centuria y sobre ellos han insistido muchos autores: SARRAIHL, BOTTINEAU, CHUECA GOITIA, JOVELLANOS, etc. Muchas veces ha sido repetida la imagen pordiosera y cochambrosa del Madrid que encuentran Carlos III y Amalia de Sajonia a su llegada en 1759: mendigos despiojándose en las calles, majos bravucones que atemorizan a la justicia, tenebrosa oscuridad que hace peligroso el tránsito al llegar la noche, el «agua va», arrojada sobre los viandantes a cualquier hora del día y tantas otras delicias de la que era centro la capital de la nación. ¿Qué sería en los pueblos y aldeas...? Una imagen negativa para unos monarcas que venían de reinar de un país, Nápoles, que ellos habían embellecido grandemente. En esta reacción desfavorable de la Corte destacan los ascos de la reina María Amalia de

Sajonia, que no dejó de quejarse de todo en el año que vivió en España hasta su temprana muerte. No hay carta de la soberana a su fiel ministro TANUCCI, dejado en Italia, en que no se lea algo desagradable. El aspecto de las poblaciones le parecía triste, y mansiones lúgubres los Sitios Reales. Llamaba a Madrid la «Palestina o la Babel de Occidente». Semejante concepto peyorativo tenía de las costumbres de la alta sociedad española. Sin embargo, y de pasada, hagamos notar que los modales de doña Amalia no parece que fueran un modelo de ecuanimidad y señorío, ya que, en ocasiones, tenía que ser reprendida por el rey cuando se excitaba, perdía los modales y hablaba a voces.

Sobre esta fea realidad que encontraron iban a actuar, y con prisa, las minorías ilustradas al servicio de la monarquía. Con prisa y sin tener en cuenta el peso secular de la realidad, lo que originó en ocasiones la reacción negativa popular. Porque tal vez el único pecado de nuestros reformadores fuera precisamente éste, el de planear y programar sin atenerse al palpito vivo de la calle, montados como estaban ilusionadamente en el ensueño de la utopía. Aunque cabe preguntarnos si no es esta la única manera de encararse siempre positivamente con el futuro. Ardua cuestión que no es momento de dilucidar. Ahora lo que nos incumbe es señalar esos dos planos de la vida española del setecientos y sus relaciones, más o menos cordiales, en el reinado de Carlos III. En esencia, dos maneras de conducirse, de presentarse en sociedad, de vivir, en fin. Un grupo minoritario, empeñado en cambiar la faz de España, sin tocar, por supuesto, a su esencia —no se olvide nunca este «sentimiento nacional» de nuestros reformadores—, pero con un amplio programa de reformas que iban desde las cuestiones económicas a la indumentaria, pasando por el urbanismo y las manifestaciones culturales, frente a una gran mayoría de españoles que, aun quejosos en ocasiones del diario vivir, se acomodaban en sus costumbres a lo ya esta-

blecido, a la tradición, porque era más cómodo y porque constituía una señal de españolismo en contra de lo foráneo que dominaba en la política oficial. Una manera peculiar de manifestar su repulsa a los ministros y a las modas extranjeras que se les intentaban imponer. En conclusión, dos Españas coexistentes a las que deberá regir su Majestad Carlos III desde su llegada a España en 1759.

3. LA FIGURA DE UN MONARCA ILUSTRADO. CARLOS III, EL HOMBRE (1716-1788/1759-1788)

Si la altisonancia y la teatralidad fue el sello de los soberanos de la Ilustración, un Federico de Prusia, una Catalina de Rusia, un Luis XV, un rasgo diferencial entre otros, y muy característico, aparece en nuestro Carlos III, y es éste: la sencillez, el prosaísmo, la tendencia a expresar sus ideas en frases exentas de todo engolamiento y retórica, pero sazonadas con una gran dosis de sentido común. ¿Se ha dicho algo más exacto y expresivo para definir el objetivo final de un soberano absoluto que las palabras del monarca español, *«mis vasallos son como los niños que lloran cuando se les quita la mierda...»*, y a la vez más coloquial y vulgar...? Ante esto surge una interrogante que, por cierto, se viene haciendo siempre que alguien se acerca a la personalidad de este rey español. ¿Estamos ante una gran mediocridad que, no obstante, realizó una obra de gobierno superior a sus dotes de inteligencia? Dejemos, por ahora, la respuesta en el aire y vayamos al retrato de nuestro personaje. Para ello tenemos los impresionantes e implacables retratos de Goya y la detallada descripción que nos dejó el conde de FERNÁN NÚÑEZ, que tenía buenos motivos para conocerle, puesto que, como él mismo nos dice, *«cuando estaba sin camisa, como le vi muchas veces cuando le servía como su gentilhombre de cámara»*. Y dice así: *«Era el rey Carlos de una estatura de cinco pies y dos pulgadas, poco más; bien hecho,*

sumamente robusto, seco, curtido, nariz larga y aguileña, como lo demuestran sus retratos. Había sido en su niñez muy rubio, hermoso y blanco; pero el ejercicio de la caza le había desfigurado enteramente, de modo que cuando estaba sin camisa... parecía que sobre un cuerpo de marfil se habían colocado una cabeza y unas manos de pórfido, pues la mucha blancura de la parte del cuerpo oscurecía aún más el color oscuro de la que estaba expuesta a la intemperie. Su fisonomía ofrecía casi en un momento dos efectos, y aun dos sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz ofrecía a primera vista un rostro muy feo; pero, pasada esta impresión, sucedía a la primera sorpresa otra aún mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos, una bondad, un atractivo, una gracia que inspiraba amor y confianza».

Desde su infancia se le apuntaron los que serían sus rasgos más acusados: la tranquila ecuanimidad, el sentido de la majestad y el amor a sus servidores más íntimos. Heredaría de su padre, Felipe V, la rectitud de conciencia y el elevado concepto de la dignidad real, y de su madre, Isabel de Farnesio, el vigor físico, la poderosa vitalidad y un cierto gusto por las bellas artes.

Su primera educación fue encomendada a doña María Antonia de Salcedo, marquesa de Montehermoso, que le inculcó los fundamentos de la moral y los deberes religiosos, para la que guardó siempre los mejores recuerdos y atenciones. La corte de Felipe V, por el hecho mismo de su origen y el bilingüismo a que se vio obligada, concedió una gran importancia al conocimiento de idiomas en la formación de los príncipes, lo que hizo que Carlos se perfeccionara en ellos para los que parece mostraba una gran facilidad. Sus andanzas por Italia y su matrimonio germánico con María Amalia de Sajonia, le llevó al conocimiento de varios dialectos italianos y a entender algo de alemán. Sin embargo, fue el francés la lengua que

mejor conocía, como toda la familia, y el que empleó en su correspondencia. A los siete años se le puso como ayo al duque de San Pedro, y como educadores a los franceses, el padre Ignacio Laubru-sel y el preceptor Joseph Arnaud. Fue iniciado en las artes por su propia madre, Isabel de Farnesio, que dibujaba con perfección y le dio las primeras lecciones, que fueron continuadas después por el marino Navarro, profesor de dibujo de los hijos de Felipe V. Hay un cuadro de Ranc en que se le representa con una flor en la mano y una clave de catalogación, iconografía que puede tomarse como un símbolo del entusiasmo del siglo por las ciencias y del amor que siempre mostró el monarca español por la naturaleza.

En su correspondencia juvenil se nos aparece como un muchacho de mediana inteligencia y extraordinario cumplidor de sus deberes, obsesión que conservaría toda su vida y que trasladaría de los hechos cotidianos a la vida política.

Si hemos dicho de su sencillez en las expresiones, lejos del estilo de los otros monarcas de su época, este rasgo se acentúa en su vestimenta, repetida y rutinaria. El mismo FERNÁN NÚÑEZ nos la describe: *«Su vestido era siempre el más sencillo y modesto... en el campo estaba siempre con vestido de caza, que era, en invierno, casaca de paño liso de color corteza de árbol claro, chupa de ante, con un galón de oro estrecho al borde, y calzón de ante negro, de la fábrica excelente que estableció en el lugar de Aravaca, inmediata a Madrid. En verano, la casaca era de camelote ceniciento; la chupa de seda azul con galón de plata y el calzón el mismo. Cuando tenía que vestirse de gala se ponía, de muy mala gana, sobre la chupa de campo, un vestido rico de tela, guarnecido a veces con una muy rica botonadura de diamantes, y abotonándose la casaca hasta abajo, cubría la chupa de ante, de que no dejaba de descubrirse a veces alguna punta... y luego que pasaban las dos o tres horas de la ce-*

remonia, apenas había entrado en su cámara, se quitaba la casaca echando un gran suspiro y diciendo «¡Gracias a Dios!», como quien se había libertado de un gran peso, y si era verano se quitaba el corbatín y la peluca para retirarse a dormir por una hora la siesta. Cuando tenía zapatos, vestido y sombrero nuevos, era para su majestad un martirio, y antes de que se determinase a tomar el sombrero nuevo, estaba éste a veces ocho días sobre la mesa al lado del viejo de que poco a poco se iba desprendiendo y que, dejado un día, no se le volvía a poner allí porque no volviese a él».

Vida y costumbres

Una nota muy común en los monarcas del siglo XVIII, cualquiera que sea el país donde reinaran, era la monótona regularidad de sus vidas, que se concretaba en actos cronológicamente repetidos. Decía el futuro Jorge III de Inglaterra que el horario de su padre Jorge II era tan exacto que podía saberse el momento en que levantaba el picaporte de la habitación de su querida. La obsesión de nuestro Carlos III por el tiempo, la ordenación rigurosa de los actos del día y de la estación del año, se han hecho famosos y nos hacen pensar sobre su psicología.

Veamos un día cualquiera de su existencia: era despertado a las seis de la mañana, rezaba un cuarto de hora y quedaba solo en su cuarto hasta las siete menos diez, en que entraba el sumiller. A las siete en punto salía a la cámara, donde le esperaban los gentileshombres de servicio y se vestía, lavaba y tomaba chocolate, y cuando había tomado la primera taza, un repostero de su antigua confianza, le llenaba de nuevo la taza. Curiosa taza, siempre la misma, que cuando se la rompieron, después de treinta años de usarla, sintió un profundo disgusto. Al tiempo del chocolate asistían

los médicos, cirujanos y boticarios, con los que charlaba. Oía misa y pasaba a visitar a sus hijos para entregarse a continuación al trabajo hasta las once. Pasaba luego al salón, donde le cumplimentaban los embajadores, especialmente los de Nápoles y Francia y cardenales, con los que departía un rato. Según el ceremonial de la Corte, la comida del monarca debía ser a solas. Tenemos un documento muy vivo de esta escena en el cuadro de PARET, «La comida del rey».

Buen comedor, aun en esta función observaba una invariable regularidad que asombra por la poca variedad de alimentos y el poco refinamiento, todo lo contrario de un buen *gourmet*. Oigamos de nuevo a sus cortesanos: *«Bebía dos vasos de agua templada, mezclada con vino de Borgoña, que observé mil veces que bebía el vaso (que era grande) en dos veces, y la una llegaba siempre al fin de las armas que había grabadas en él. Al “desert” mojaba dos pedazos de pan tostado en vino de Canarias, y sólo a la cena, y no a la comida, bebía lo que quedaba en la copa. Después del chocolate bebía un gran vaso de agua, pero no el día que salía por la mañana, por no verse precisado a bajar del coche»*. La cena consistía en una sopa, un pedazo de asado, regularmente de vaca, un huevo fresco, ensalada de azúcar y vinagre y un plato de *fricassé* rodeado de trozos de pan. Un gesto que repetía cada noche, para regocijo de los cortesanos, era que el huevo que se le servía en una huevera alta, lo rompía con una cuchara con tal habilidad que la dejaba clavada en el cascarón, a lo que seguía la curiosidad de ver si el gentilhombre de servicio era capaz de retirar huevera, huevo y cucharilla sin que se destruyera la pirámide. Este acto, cientos de veces repetido, a pesar de la admiración que se tenía al «amo», como se le llamaba familiarmente, no dejaba de hacer meditar a algún cortesano que reflexionaba sobre él. *«Es difícil saber —dice Fernán Núñez— si esta constante costumbre, que no faltó ni un día, era un mero hábito,*

nacido de diversión en la juventud, o si provenía de alguna de las preocupaciones que no desarraigan como debieran...». Pero como un poco asustado de lo que asimismo se ha dicho, se tranquiliza y tranquiliza a sus lectores: «Pero el rey tenía demasiado talento para no haberla vencido por sí, aunque conservara el hábito de la acción».

Otra circunstancia que se producía durante la cena era la llegada de la jauría de perros de caza, a lo que los presentes debían estar muy atentos para no ser arrollados por las furias que se lanzaban sobre la mesa donde el rey les repartía el pan, entregando luego el plato de rosquillas a un capitán de guardias de corps, quien, apoyado sobre la mesa, lo lanzaba a las fieras, que eran contenidas con un látigo por otro capitán, entre el miedo y el regocijo de los asistentes. A estos canes dedicaban especial atención los que querían congratularse con el soberano, a pesar del respeto que imponían, como le ocurrió al Marqués de la Ensenada a su llegada a la Corte tras su destierro, quien acudía diariamente a la comida del rey e intentaba jugar con los perros, esperando que su majestad se fijara en su persona, lo que, lejos de agradar, disgustó a Carlos, que acabó manifestándole su disgusto con el silencio.

Terminada la cena, y después de dar la hora al gentilhomme y rezar un cuarto de hora, se desnudaba y se acostaba. Así era la jornada de nuestro rey, casi tan regulada como la de los Jorges británicos. *«Así es que, en cualquier parte del mundo en que se estuviese, podía decirse casi sin errar dónde estaba el rey, y lo que hacía en aquel día y hora, según la estación del año»*, remacha su biógrafo. De lo que sí podemos estar seguros es que en ningún segundo de su vida levantara el picaporte de una puerta para visitar a solas a una mujer, ya que, como todos los borbones españoles del siglo XVIII, a diferencia de sus parientes franceses, fueron abso-

lutamente fieles a sus esposas, tanto en vida como en el recuerdo, de lo que resulta modelo nuestro Carlos III, que permaneció viudo durante veintiocho años.

La relación con sus hijos y parientes fue constante y entrañable, especialmente al principio con su hermano el cardenal Luis, y en su ancianidad con su hijo don Gabriel, cuya muerte le produjo un hondo dolor y aceleró su final. A veces esta familiaridad con parientes y servidores daba lugar a escenas íntimas como las que nos relata el marqués de San Leonardo: *«El jueves pasado —escribe— quisieron por divertirse el Príncipe e Infantes (y también las Infantas), hacer un plato o dos de cocina cada uno y que hiciéramos también el nuestro, Católica, Arcos, Béjar, Grimaldi, Hernán Núñez, Silvela, Villadarias y yo, y Su Majestad se encargó de hacer la olla y esto vino a parar en que a las nueve de la noche se sirvieron todos los platos en el cuarto de la Archiduquesa... En él, los Infantes chicos y su olla en su chimenea y mandó el Rey nos sentásemos todos a cenar con la mayor jovialidad. Fue a cenar en un momento a su cuarto y volvió a vernos acabar de cenar... Cada uno hicimos nuestro plato con nuestros mandiles, pero lo excelente fue la olla del Rey de la que comí bravamente».*

Por cierto, y de pasada, notemos que, en ocasiones, este don Pedro Stuart, de la más pura cepa británica y tan cercano al monarca, nos descubre esa veta popular de la nobleza española a la que nos referíamos antes. Un día desliza en una de sus cartas la siguiente frase: *«dale (a Alba) memorias agradecidas... y pregúntale qué le parece a él como yo meneo aquí las tabas en tu servicio».* Parece que estamos escuchando a un *majo* de aquel Madrid que constituyó una preocupación para Carlos III y los gobernantes de su tiempo.

¿El «mejor alcalde de Madrid»?

Así es conocido en la historia nuestro monarca, y es justa la definición, si nos atenemos a la obra realizada en la capital de la nación para mejorar su aspecto y darle el tono que según su criterio debía tener la residencia de la Corte de una gran monarquía. Pero, si atendemos al tiempo que de hecho residió entre sus muros, podemos preguntarnos si este «buen alcalde» no lo era como los reyes aragoneses medievales, de quienes decían sus vasallos: *«buen rey tenemos porque no le vemos»*. Pues nuestro monarca, en efecto, pasó poco tiempo de estancia en su capital, sobre todo después de la primavera de 1766. Veamos de qué manera distribuía los meses del año. Residía en El Pardo desde el 7 de enero hasta el sábado de Ramos, en que regresaba a Madrid para permanecer aquí diez días, pues el miércoles después de Pascua salía muy temprano para Aranjuez, donde alargaba su jornada hasta últimos de junio. Volvía a Madrid durante diecisiete o dieciocho días de julio para marchar luego a El Escorial, y de allí a La Granja, para volver a El Escorial desde el 7 de octubre hasta primeros de diciembre en que se reintegraba a Madrid. Su vida transcurría a su entera satisfacción en los Sitios Reales entregado a su pasión favorita: la caza.

Las partidas de caza eran verdaderamente agotadoras, como nos relatan algunos de sus acompañantes: *«En esta jornada de Aranjuez —nos dice San Leonardo— raro día hemos dejado de salir dos veces al día, tres horas por la mañana y cinco a lo menos o seis por la tarde... se han divertido muy bien las personas reales, comiendo varios días en el campo, y uno de ellos en campo raso, en pie y sin mesa; se han muerto alrededor de 200 chochas, 20 zorras, gamos, perdices, jabalíes y otros pajarraeos, y para esto nos hemos levantado los más días a las cinco y media de la mañana, con que*

te aseguro que esta faena con la de estar todo el día en el campo, no ha dejado de desazonarnos».

En contraste, gustaba poco de las *fiestas cortesanas*, como los carnavales, que se pusieron de moda en su tiempo, a los que generalmente no asistía, prefiriendo pasar esas horas en el campo. «*Estos son mis carnavales*», solía decir mientras comía a la sombra de un árbol. Este amor a la naturaleza fue una constante de su vida que le hacía encariñarse con los elementos del paisaje. En 1768, al abrirse el camino de El Pardo, advirtió que se economizase el derribo de árboles y obligó a trazar una plazoleta para dejar en el centro de la misma un ejemplar de su preferencia. «*¡Pobre arbolillo!*», acostumbraba a exclamar viéndolo de paso: «*¿Quién te defenderá después que yo muera?*». Pero esta vida en plena naturaleza no le impedía estar al corriente de todos los asuntos de su monarquía y tomar las decisiones que creía convenientes.

Sentido del poder y bondad en un soberano de la Ilustración

De esta apenas esbozada silueta de sus costumbres podría pensarse que estamos ante un rey débil, falto de personalidad y fácilmente manejable, cosa que no es en absoluto cierta. Por el contrario, Carlos III, gobernante desde muy joven e hijo de una mujer dominante, Isabel de Farnesio, fue un monarca que tenía asumida, como lo estaba en todas las otras testas coronadas del siglo, la idea de su poder, de su incuestionable majestad, situada por encima de cualquier otra instancia, incluso de la misma Santa Sede en lo terrenal y concreto de su reino. Quien mandaba era él desde el podio superior e indiscutible de la realeza, con la insoslayable responsabilidad de tutelar a sus vasallos, dándoles lo que necesitaban, aunque protestasen. Los demás en su entorno, obedecen y ejecutan admi-

nistrativamente el pensamiento real. Lo que ocurre es que siempre el mando absoluto se puede ejercer violenta o suavemente, teatral o con sencillez, y esta fue la manera habitual de nuestro personaje, quien, sin embargo, no dudaba en hacer notar su autoridad cuando alguien la olvidaba, poniendo en ello su tozudez o su socarrona ironía. Los testimonios en este sentido son abundantes y concluyentes. En septiembre de 1759, a punto de zarpar de Nápoles la escuadra que ha de trasladar la corte a España, a un consejo del almirante para que se aplace la salida por el mal estado del tiempo, le dice: *«Victoria, nos embarcaremos a las tres de la tarde y juntos»*. A las nuevas réplicas del jefe de la escuadra, remata tajantemente: *«Victoria, te he dicho que a las tres y juntos»*. Pero luego, como para suavizar su tono y justificarse ante una decisión tan peligrosa ante un técnico, añade: *«Dios sabe las veces que le he pedido la salud de mi hermano y el ningún deseo que he tenido de poseer sus inmensos bienes. Su Divina Majestad ha querido que yo vaya a España. El cuidará de nosotros y se hará su santa voluntad»*.

Otro ejemplo lo tenemos en sus relaciones internacionales. Con ocasión de una carta suya enviada a Roma para el proceso de canonización del obispo Palafox, como se dudase que fuera auténticamente redactada por él, le dijo severamente al Nuncio: *«Mal me conoce Roma, creyéndome capaz de tener ministros que escriban de distinto modo que yo les mando»*. En otras ocasiones, para mantener lo que había decidido, recurría a frases ingeniosas. Cuando le hacen ver que el museo de Portici estaba muy cerca de las ruinas antiguas del Vesubio, lo que podía acarrear en cualquier momento su destrucción, contesta humorísticamente: *«Así tendrán otra nueva versión de aquí a dos mil años y se harán honras descubriéndola»*.

Pero, de genio suave, huía de las situaciones violentas y procuraba ordenar y corregir amablemente. Derrochaba una gran pacien-

cia en el penoso oficio de reinar en una época en que el ceremonial y la etiqueta apretaban la existencia de las personas reales como un corsé de hierro. Rodeado de cortesanos a todas horas, disculpaba sus defectos, inclusive ante las críticas de los otros palaciegos. Entre los gentileshombres que le servían *«había dos o tres que, el uno por su torpeza natural, el otro por su continua tos y gargajeo y el otro por lo que le olía la boca, eran sumamente desagradables para tenerlos a su lado en una servidumbre íntima»*. Pero estos hombres rabiaban por servirle y por reconocimiento a su afecto les nombraba muy a menudo, contra la opinión del sumiller, su gran amigo el duque de Losada, a cuyas protestas respondía bonachonamente: *«¡Déjalos, hombre, los pobres tienen tanto gusto en ello!»*.

Se ha insistido por todos los autores y en todos los tonos en su aversión al cambio, en su manía por conservar las cosas por encima del tiempo —ropas, sombreros, objetos infantiles que llenaban sus bolsillos—, pero este mismo espíritu de conservación puede aplicarse al plano político, donde se esforzaba por mantener en sus puestos a los colaboradores que le servían bien en su obra de gobierno, contra cualesquiera intrigas o presiones que se movieran a su alrededor. Esta fidelidad, unida a su buen sentido para elegir a los hombres según sus méritos y cualidades, tuvo como resultado ese excelente plantel de gobernantes que hacen de su reinado uno de los más positivos de nuestra historia. Y con ello volvemos a la gran cuestión sobre su personalidad: ¿un monarca mediocre muy lejos de la genialidad de sus contemporáneos...?, pero una época brillante en sus resultados globales. Podemos concluir que lo que sucedió fue que nos encontramos con un gran monarca porque tuvo el infalible secreto de todo buen gobernante en todas las épocas: dejar hacer a otros lo que sabían, debían y podían hacer, reservándose únicamente para sí aquello que nadie podía hacer por él: reinar. Don Juan Valera, en el prólogo que abre la edición de la *Vida de Car-*

los III, escrita por el conde de Fernán Núñez, dice de él: «*un monarca a quien no podemos calificar de grande, ni de genio, pero sí de bienhechor, de excelente*».

En ocasiones, este cariño a las personas que le servían obligaba a verdaderos sacrificios, pues era imposible la negativa ante las palabras y la sonrisa del monarca. Cuando don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid, tras muchos años de servicio y enfermo solicita su relevo, únicamente obtuvo del rey esta respuesta: «*Mira, más viejo estoy yo que tú y voy trabajando; Dios nos ha de ayudar; tú ya estás mejor, cuidas de Madrid y hasta ahora nadie se queja de ti*». Cuando en 1763 don Ricardo Wall pide ser relevado de la Secretaría de Estado para retirarse a descansar en el Soto de Roma, cerca de Granada, se lo concede a regañadientes con la condición de que todos los años fuera a visitarle a Aranjuez, donde le recibiría siempre con todo afecto.

Con este criterio de selección supo elegir a las personas para cada circunstancia concreta o etapa política del reinado. Tras la sacudida de los motines de 1766, se precisaba un hombre enérgico y en la onda del tiempo, por lo que llama al Conde de Aranda, quien arreglará la inquieta situación, alternando las concesiones populares con drásticas medidas de disciplina. Pero, pasado el peligro, aleja a este aristócrata-militar demasiado personal y poco flexible. Cuando el tiempo esté maduro para las más importantes reformas que exigen continuidad y tacto, llama a su lado a don José Moñino, Conde de Floridablanca, quien, bien acoplado a las ideas del monarca, regirá los destinos de España durante décadas con el beneplácito de su rey, quien, como homenaje a la persona de su servidor, dirá al morir a su hijo: «*te dejo mi mejor regalo: mi primer ministro*».

La religiosidad de un monarca del siglo XVIII

Ciertamente, a los «*déspotas ilustrados*» reinantes en el siglo se les planteó un grave problema de conciencia: conjugar su fe religiosa con la defensa de los intereses del Estado. O mandar en absoluto en su nación, o dejar una importante esfera de poder —especialmente en el plano económico— en manos de una autoridad foránea que ejercía su mandato independiente sobre una parte importante de sus vasallos. Defender las prerrogativas inherentes a su realeza, o someterse a la obediencia de Roma. Es esta la batalla del *regalismo* que se libra en todos los países católicos con mayor o menor acritud. A veces esta lucha debió producir hondo pesar a los personajes que tomaron parte en ella y en la que se utilizaron toda clase de argumentos y presiones. En Carlos III encontramos claramente simbolizada esa contradicción de muchos católicos del siglo. Profundamente religioso, con una devoción sencilla y elemental, rutinaria, si se quiere, como todo en su vida, oía misa diaria, confesaba y comulgaba en Pascua y en las principales fiestas de la Virgen, y especialmente en San Genaro, al que profesaba gran devoción. En ocasiones ponía todo su empeño en que se premiaran por la Iglesia las virtudes de quien él, en su fuero interno y sin demasiada doctrina, consideraba santos, como el ingenuo lego Sebastián, al que conoció en Sevilla, o el obispo del siglo anterior, don Juan de Palafox, enfrentado en su tiempo con los jesuitas en Méjico. La polémica de la canonización de Palafox fue esgrimida precisamente en la batalla contra los jesuitas en el siglo XVIII. Singular contradicción de un rey que, por un lado, adelantándose siglos a Roma, proclama y exalta el culto a la Inmaculada Concepción, y, por otro, expulsa sin contemplaciones de sus reinos a los jesuitas y presiona con éxito sobre el Pontífice hasta la extinción de la Compañía. Muchos datos podrían aportarse sobre esta tensa polémica entre el rey de España

y el papado en un estudio concreto de su gestión política. A título de apunte señalemos uno. Como sucede siempre en el entorno de un poderoso, sus ideas y preocupaciones hallan pronto eco y ambiente. Puesto que Carlos III quería ver en los altares al obispo Palafox, «perseguido» sañudamente por los jesuitas, los cortesanos tenían que coadyuvar a estos deseos reales, acudiendo, si era necesario, al milagro. Y así sucedió el 17 de abril de 1765, en Aranjuez, entre los familiares del caballerizo don Pedro Stuart, que nos relata lleno de entusiasmo el suceso. Miss Cambell, una joven inglesa que vivía en casa de don Pedro, amaneció un día con un gran dolor «*en la nalga derecha y tabla del muslo*» que fue agravándose a pesar de los cuidados médicos. «*Es de advertir* —nos precisa el marqués de San Leonardo— *que desde el día que cayó esta chica mala pidió y deseó tener siempre una reliquia del venerable Palafox y no la pudimos conseguir hasta el día 14 del corriente; pero ella, con ella o sin ella, se encomendó siempre al venerable, y estando la mañana del 17 apoyada sobre una criada en ayudándose a andar, como lo había mandado el médico, de golpe dijo: “suélteme Vm.” y se echó a correr y se vino a mi cuarto, gritando, “Señor, ya estoy buena por la intercesión del venerable Palafox”*». Como puede suponerse, el revuelo en la casa fue extraordinario: la familia, acompañada de un padre agustino, se arrodilló, «*y dijo un Tedeum que acompañamos todos, mi mujer, criados y criadas, todos atónitos de este suceso... Fui al instante a contar al rey este suceso, del que contentísimo mandó al Patriarca sobre la marcha auténtica y averiguación de él para enviarle a Roma y en esto está actualmente entendiendo*». Este relato, con todo lo que tiene de candidez y pensando en el marco de acontecimientos en que se sitúa —ambiente de la corte contra los jesuitas—, nos introduce plenamente en el mundo de contradicciones en personas e ideas de nuestro siglo XVIII.

4. EL AMBIENTE DE LA CORTE

No puede concebirse a un soberano del absolutismo sin el culto que le rinde un entorno numeroso de cortesanos, pendientes de sus gustos y sus favores, que organiza el ritmo de su vida entre ceremonias y fiestas, más o menos fastuosas y más o menos relajadas. En este sentido la Corte de Carlos III parecía a los extranjeros un gran convento aristocrático con una vida social reducida al mínimo. «*Jamás hubo corte menos galante que la de Carlos III*», pudo decir Bourgoing, y así fue, en efecto. Con todo, festejos y juegos con ocasión de acontecimientos señalados, se celebraban en los lugares de residencia de la corte. Si anteriormente se ha insistido en los dos planos de la vida española para todo el siglo, el popular-castizo y el cortesano-extranjerizante, en los años del reinado de Carlos III el horizonte que domina en la Corte sigue siendo preferentemente francés. Se ha dicho que el siglo XVIII inventó, entre otras cosas, el arte de buen vivir, que no es pequeño invento, y en esta novedad se llevó la palma Francia, que extendió sus gustos y modas por todo el Continente. No tanto el monarca, que, como hemos visto, se contentaba con poco, como si los cortesanos que le rodeaban procuraban proveerse de los lujos del país vecino. Si la nación cambiaba, también debían cambiar ellos, sobre todo los que estaban más cercanos al soberano e identificados con sus ideas. Paseos, coches, sedas, porcelanas: todo un escenario distinto, y había que darse prisa para no quedarse atrás. «*Aquí se trata —se nos dice en 1764— muy de hecho de poner a todos los coches caballos; el embarazo es no haber cocheros y ser los caballos de España demasiado vivos y, por tanto, arriesgado y, además de esto, muy chicos...*». A continuación nuestro cortesano se extiende sobre las condiciones económicas en que debían venir los cocheros franceses, para terminar con unas frases muy reveladoras del ambiente en que se vivía: «*Madrid se va po-*

niendo muy bueno y los coches se van mejorando y poniéndose con caballos y no quisiera pareciera mi mujer menos decente en el mundo que otra». Por cierto que esta novedad de los coches debió producir no pocos sobresaltos en la vida ciudadana, hasta el extremo de tenerse que dictar bandos sobre el «uso de coches en la Corte, prohibiéndose correr con ellos por las calles... A los cocheros que corrieren, galoparen o trotaren apresuradamente y atropellaren o derrumbaran alguna persona, se les imponga por primera vez la pena de quince días de trabajo en calidad de forzados en las obras del Prado y diez ducados de multa». Naturalmente que si los caballos debían venir del vecino país porque los españoles no se adaptaban a la moda, mucho más lo serían los coches franceses, que no tenían igual, como se describía uno encargado a París: «pintado de miniatura todo en azul, doradas las molduras y bronce a fuego, remates y media caña del techo, barnizado de martín, forrado en terciopelo azul a “ramages”, sedas de Granada, corte el más a la moda, de cuatro asientos, bordas de seda para los lacayos; hecho a toda costa con ruedas para camino y seis guarniciones de gala de tafílete azul, hebillas doradas a fuego con sus sillas correspondientes y tirantes de cuero... y el coche colgado en muelles y correones o cuerdas de vigueta... El azul no importa que sea claro, pero las figuras han de ser azules sobre azul como “camayeux” y estas han de representar un bacanal gracioso». Todo iba cambiando en aquel Madrid de las décadas del setenta, pues hasta entonces estaba establecido que los nobles podían llevar cuatro mulas en sus carruajes y ser acompañados por cuatro portadores de antorchas.

Pero tal vez sea en el vestir donde la batalla resultara más encarnizada entre lo antiguo y lo nuevo en el siglo XVIII. A lo largo del mismo fueron desapareciendo de la indumentaria de las clases superiores la golilla, los gregüescos, el chambergo, la melena y el poblado bigote que caracterizaban al español de otras épocas. El com-

bate de las modas comienza en la misma Guerra de Sucesión, pues mientras los partidarios del Archiduque Carlos usaban la golilla, los de Felipe V adoptan el llamado «traje militar», que no era otro que el francés. Desde 1760 concretamente, *vestir a lo militar* significaba ir a la moda francesa, consistente en un apretado calzón corto, un chaleco de seda o satén bordado, una larga chaqueta y cubierto con el sombrero de tres picos. Algunos cortesanos no se fiaban de la confección española, por lo que encargaban sus prendas a París. Y esto, desde antes de la llegada a España de su majestad Carlos III y por personajes de un acendrado españolismo como el gran ministro de Fernando VI, el elegante y refinado Marqués de la Ensenada, que enviaba sus camisas a planchar a París. Por ello no debe extrañarnos que los servidores de nuestro rey Carlos solicitaran igualmente de Francia el envío de «*calzones y chupas... sin forros y la botonadura correspondiente*», para lo que se enviaría el patrón adecuado. A veces estos patrones no debían ser muy exactos, por lo que se producían molestos errores: «*Los dos pares de zapatos que ha traído Federico de Silva —sigue diciendo nuestro caballerizo en 1766— están enteramente errados y te pide mi mujer le hagas hacer otros puntualmente por la muestra que te envío*». Calzado encargado a París, como una constante de la moda, pues tres años después insiste, en 1769, nuestro pedigüeño: «*Le he encargado... vaya a hacerte una visita y te entregue un zapato de mi mujer que está muy bueno, solo que por haber engordado algo el pie no le entran bien para que mandes la (sic) hagan ahí un par de zapatos por él, blancos, algo más anchos que ese, pero con la misma hechura... quedando ahí la medida y horma de él par que venga para que, en probado éste, si viene bien, se manden hacer más, y si no, se enmienden sus defectos; perdona esta impertinencia, pero no hay absolutamente aquí quien la pueda calzar*». Esta afirmación final no puede ser más rotunda y descalificadora para los zapateros españoles, en lo que es absolutamente injusto este «afrancesado» cortesano, pues sabemos

que la artesanía madrileña se había especializado en artículos de calidad, como corresponde a una manufactura que sirve a la demanda de los clientes de una capital del Estado. Sin embargo, este desprecio por los obreros españoles parece que era bastante general entre el grupo elitista del siglo. Recordemos lo anteriormente dicho de las camisas de Ensenada. Otro dato tenemos en las palabras cruzadas entre Floridablanca y Sabatini en 1779 a propósito de unas obras dirigidas por el arquitecto italiano. Cuando Moñino recibe las cuentas de los gastos efectuados en la capilla del palacio de Aranjuez, después de aprobarlas, contesta por oficio al arquitecto: «S. M. ha dispuesto que se satisfagan, pero por mi parte desearía saber si consiste en falta de habilidad el que no se hayan empleado en estas obras más artífices nacionales que los doradores, pues como Protector que soy de las artes, debo procurar su instrucción y fomento». El maestro le responde que siempre ha tenido por norma que las obras tengan la mayor perfección y el menor coste y esta es la causa de que, a veces, elija a extranjeros que son más baratos. Añade a continuación una breve lista de los artistas españoles que tiene trabajando en algunas de las obras en marcha, para concluir que no llama a los broncistas españoles porque son muy caros y en cuanto a los estuquistas, *porque no conoce a ninguno bueno*.

Ropa, coches, caballos, sirvientes; todo era solicitado de Francia por esta minoría que servía al monarca. En ocasiones, porcelanas de Sèvres para regalar a Grimaldi —como siempre, había que cuidar a los gobernantes por las prebendas que se esperaban o por el favor ya recibido—. Mas esta frivolidad, este afán de novedades ultrapiresnaicas no se concretaba a estos artículos de lujo y ostentación, sino que, por el contrario, se extendía a lo más entrañable. Un día se solicita *«una razón circunstanciada de cómo se envuelven ahí las criaturas recién nacidas, cómo se las faja, hasta dónde y cuánto tiem-*

po se las tiene así...». Otras se pide «un cierto licor... con las cuales cura las gonorreas más inveteradas y el gálico más rebelde».

La curiosidad del siglo por los experimentos y aparatos, que hacía de la física un deleite, entra también en este círculo cerrado de la corte por lo que se reclama de París para algún infante *«una explicación de óptica que en un tableau mouvent he visto varias veces en las ferias en el que se representan, por ejemplo, ciudades, puertos de mar, armadas, tempestades con tal propiedad que más no puede ser, pues he visto navíos maniobrar, virar de bordo, saludar; en fin, mil cosas sorprendentes...».*

Sin embargo, de todo lo dicho debemos reparar en que hablamos siempre y casi en exclusiva de la Corte y de Madrid. Para una más exacta imagen de la época tendríamos que acercarnos a la vida provinciana y rural donde, a pesar de su mirada puesta en la capital, las actitudes y las costumbres evolucionaban más lentamente, conservando en su seno muchos de los modos del pasado. Precisamente este contraste entre los madrileños y los «ingenuos» provincianos que llegan a la corte fue muy explotado por los saineteros y toda la literatura costumbrista del tiempo.

Frente a esta invasión de modas y fruslerías, el pueblo bajo se atrincheraba en sus viejas costumbres que iban desde la forma de vestir hasta los usos culinarios como una proclamación de españolismo. Entre ambos grupos quedaba un sector de los de «quiero y no puedo», de los de «ser y no ser», como en su tiempo diría Quedo; una «¿clase media?» urbana que adopta exageradamente las últimas modas, llevándolas a su máxima extravagancia y ridiculez hasta convertirse en los *petimetres* o *currutacos*, enfrentados a los desgarrados *majos*.

Estas gentes tomaban parte multitudinariamente en las fiestas organizadas con ocasión de acontecimientos señalados, pues una cosa era la austeridad de costumbres —el *convento de aristócratas* de la Corte, al decir de los extranjeros— y otra las necesarias manifestaciones públicas ordenadas para recordar a los vasallos las efemérides destacadas de la Monarquía: la entrada solemne de los soberanos, el nacimiento de nuevos infantes, como las preparadas por el corregidor Armona los días 13, 14 y 15 de julio de 1784 con ocasión del nacimiento de los infantes gemelos, Carlos y Felipe, hijos del Príncipe de Asturias, don Carlos. A pesar de la dura crítica de los «ilustrados» siguieron con gran auge las corridas de toros. En 1784 se celebraron en Madrid dieciséis corridas a beneficio de los hospitales. Figuras populares eran los diestros Pepe Hillo, Cúchares, Pedro Romero, cuyas efigies llevaban colgadas de sus ropas los *majos* y *manolas*, y empezaban a alternar con la alta sociedad que les abría sus salones.

Los carnavales, en sus dos versiones, la cortesana y la popular, alcanzaron gran boga durante el reinado, no obstante la poca afeción que a estas diversiones mostraba el rey, como ya hemos visto. Pero este esparcimiento de los de arriba y los de abajo entraba en los planes del Conde de Aranda a fin de apaciguar la resaca de los motines de 1766. En febrero de 1768 se celebraron en Madrid, en el coliseo adquirido por Aranda para la villa, diecisiete bailes de máscaras, con asistencia de más de tres mil trescientas personas y una ganancia de cerca de cuatrocientos cincuenta mil reales, lo que también era importante para sufragar los gastos de las fiestas.

Como el rey pasaba largas temporadas en los Sitios Reales, era frecuente que en estos lugares se celebraran diversiones de todas clases, como las que tuvieron lugar en el verano de 1763 en Aranjuez, en las que hubo torneo de parejas a caballo, con la participa-

ción de treinta y dos jinetes «vestidos a la española antigua»; óperas italianas, comedias francesas, carreras de caballos y bailes hasta muy entrada la madrugada donde se danzó al son de contradanzas y minuets, los bailes de moda, y se sirvieron refrescos y licores y las damas fueron obsequiadas con flores. Según estos datos parece que la Corte de nuestro Carlos III no era tan aburrida como decían los extranjeros. Otra cosa sería lo referente a las relaciones amorosas que no llegaron nunca a la permisividad de otras latitudes, al menos durante los días de este reinado, aunque tampoco debamos idealizarlas, llevados de un falso patriotismo, pues aquí y allá nos encontramos con elocuentes excepciones, entre ellas los disgustos ocasionados al rey por la conducta «non sancta» de su hermano, el cardenal Luis, al que, secularizado, hubo que casar de prisa y corriendo. Y en la misma biografía y correspondencia del Conde de Fernán Núñez encontramos las huellas de sus aventuras y el rastro de sus hijos ilegítimos.

Organización de la Real Casa durante el reinado

Al hacerse cargo del trono español, el nuevo monarca procedió a una reorganización del servicio a través de los decretos de 19 de febrero y 11 de septiembre de 1761, desarrollados después en sus correspondientes reglamentos, según aparecen recogidos en la Novísima Recopilación.

«*El Mayordomo mayor es el primer Gefe de mi Real Casa*» —dice el decreto— y a sus órdenes estarán un secretario, ocho mayordomos de semana, doce gentileshombres de boca y diez de casa; el contralor (*sic*) general con seis oficiales y dos porteros; los jefes y dependientes de la panetería y de la caba, sausería y frutería, cerería,

ramillete, guarda mangier, busier y potagier, cocina de boca, furriera, tapicería, guardajoyas, lavanderas y casa enfermería; y un juzgado compuesto de juez, abogado fiscal, escribanos y dos alguaciles.

Viene luego *«el número y sueldo de los individuos de la Real Cámara»*, a saber: el sumiller de Corps, con seis gentileshombres y doce ayudas de cámara, el jefe del oficio de guardarropa, con dos ayudas, siete mozos, un sastre y su oficial; dos primeros médicos y uno de Cámara; el boticario mayor con cuatro ayudas y cuatro mozos; un barbero y su ayuda; un peluquero y su ayuda; una lavandera y almidonadoras; seis escuderos de a pie y un zapatero de cámara.

«La Real Caballeriza, su juzgado y oficinas», se reorganiza por el decreto del 11 de septiembre dado en San Ildefonso. Este servicio llama la atención por la profusión de cargos y personas que lo atienden. El caballerizo mayor, su secretario, primer caballerizo y dieciséis caballerizos de campo; el veedor general con tres oficiales, dos escribientes y un portero; un contador, cuatro oficiales, dos escribientes y un portero; en el juzgado, un asesor, un abogado fiscal, secretario, escribano y dos alguaciles.

«La Real Casa de Caballeros pages» contaba con un ayo, capellanes y maestros, ayudas de cámara y otros sirvientes; un armero mayor y dos menores, cuatro reyes de armas, tres guadarneses y cuatro mancebos; el ballestero principal y otros ordinarios, arcabuceros y mozos de trailla; tres picadores y cuatro ayudas, ocho domadores, un palafrenero mayor y seis ayudantes; un herrador de cámara y cuatro trompetas, un timbalero y ciento treinta palafreneros; un sobrestante de coches y su teniente; correos, ayudantes, lacayos, volantes, mozos de silla, herradores, cocheros y *«demás gente de librea»*; un librador, su ayudante y mozos.

Aparte estaba «*la Real Capilla*», al frente de la cual se hallaba el limosnero mayor, generalmente un cardenal, ayudado por capellanes, sacristanes y acólitos.

El coste de esta servidumbre montaba unos sesenta y cinco millones de reales de unos ingresos de la Hacienda de unos cuatrocientos millones.

Para concluir, recordemos el juicio que mereció a sus contemporáneos este monarca, siempre favorable y entusiasta. Entre otros muchos, elijamos, como muestra, dos muy significativos por las personas que los emitieron; por un lado, el sainetero popular, don Ramón de la Cruz, y, por el otro, la quintaesencia del ilustrado, don Melchor Gaspar de Jovellanos.

El primero dijo de nuestro rey: «*El augusto, el grande, el premiador Carlos III reina en España. El conde de Floridablanca le influye cuanto puede contribuir al beneficio y al esplendor y quietud de su corte; su celo infatigable y su equidad se extienden al menor objeto; no desdeña el teatro y alguna vez lo observa personalmente*». En cuanto al segundo, en *El Elogio de Carlos III*, leído en la Sociedad Económica de Amigos del País, de Madrid, en la sesión del 8 de noviembre de 1788, después de resumir su obra de gobierno, recuerda al buen monarca en estos párrafos: «*Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración: ved aquí lo que España deberá al reinado de Carlos III... Estaba reservado a Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos [economistas, escritores, ministros] habían depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundir por su reino la gloria de convertir enteramente sus vasallos al estudio de la economía... Pero a ti, oh buen Carlos, a ti se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu protección, sin tu generosidad, sin el*

ardiente amor que profesas a tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido».

Creo que en estas precisas y ajustadas palabras del escritor asturiano está plasmada perfectamente la verdadera significación de este monarca: bajo su modesta persona, y porque supo reinar, se realizó una positiva obra de gobierno y se abrieron los surcos de lo que pudo ser un gran país que, desgraciadamente, no llegó a serlo por los malhadados acontecimientos que sobrevinieron en épocas posteriores.

